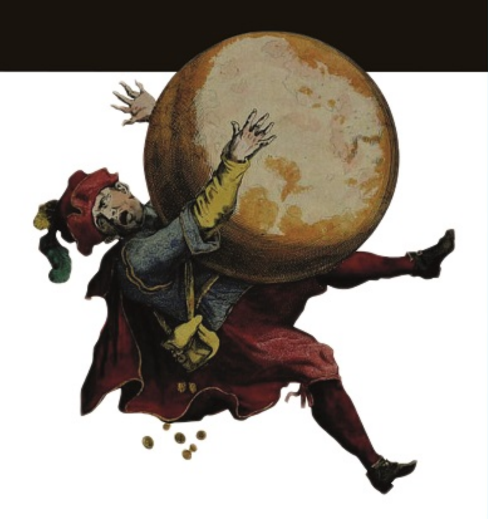
Javier Vela

Fábula





Fábula



Javier Vela

Fábula

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Fábula
Javier Vela

Título original: *Fábula*

Av. de Jerez s/n. 41012 Sevilla
www.fundacionjmlara.es
www.planetadelibros.com

Diseño y cubierta: Manuel Ortiz
Imagen de Cubierta: Giuseppe María Mitelli; *Illustrazione di un proverbio (1678)*
Maquetación: Milhojas, servicios editoriales
Fotografía del autor : © Juan María Rodríguez

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2017

ISBN: 978-84-15673-30-9 (epub)


Conversión a libro electrónico: IC Editorial

Poetry is the supreme fiction
WALLACE STEVENS

I

CORRESPONDENCIAS

RHINO SEASON

En la palpitación de lo visible,
entre las vibraciones que preceden al orden del poema
o ante lo que de lejos sordamente lo anuncia,
corre Sahel como un caballo huido bajo el fragor del trueno,
enceguecido por el dolor y la furia,
indiferente al rayo del pasado como un soplo de arena en el desierto.

Así vive el poeta, herido, trasterrado, luego de ser proscrito
por el advenimiento de industriales y jueces,
aniquilado por una noche total, viendo pasar a dioses sucesivos
bajo el palio abisal de las estrellas, él que llevó la antorcha,
él que preserva el tacto de la primera lágrima
y hace sonar su voz entre las bóvedas
en que resuena el canto y allí espera,
sencillamente espera.

La noche borra ya nuestras paredes, pero en la baja tarde, cuando el viento se lava las manos en el mar, Jacob oficia su último bautismo sobre el altar de las apariciones.

No quiero regresar, y sé el camino. Áridas extensiones del espíritu labrado a martillazos, falsos amigos, rostros familiares, semienterrados bajo una arena lunar, sobre la que vosotros, náufragos del futuro, hallasteis nuestros pasos.

El agua se ha llevado las rodadas. No tengo madre ni hijo que me busquen. Oigo la voz del héroe y en mi choza rebulle el polvo de la adoración.

Seguir perdido quiero un poco más, mientras la vida pasa y, en la isla, un dios herido inventa mi destino.

Hubo fosforescencias en la calle. Pasaron ambulancias. Leyes inexorables me negaron bajo el paraguas de tu lucidez.

Hablabas dulcemente, como una niña narcotizada sobre mis brazos. En la tibieza impúber de la noche toqué el miedo en tus labios.

De improviso, la muerte se instaló sobre mis ojos y me besó la frente.

Me visitó a deshora, en el sofá, en la cama, en los altares de lo cotidiano sobre los que mentíamos y hacíamos el amor.

La muerte como un canto de cigarras se aposentó en mi oído. Cruzó el umbral de las invocaciones, vino hasta mí vestida como un sueño y abotonó mis párpados,

como cuando tapamos la boca de un gerente que, temeroso, intenta delatarnos.

Podemos arrojarlas, quebrarlas, horadarlas, podemos afilar nuestra conciencia sobre su superficie o acariciar su piel fosilizada.

Podemos agruparlas y cimentar a pulso nuevos templos, poner en pie castillos invernizos o levantar ciudades; poco importa: el día en que sus muros se derrumben todos sucumbiremos bajo una dura médula de escombros.

Han visto caer a reyes. Han conocido el tiempo de los ídolos. En su particular genealogía puede leerse el signo del futuro.

En cada piedra alienta una pequeña porción de eternidad. Mirémosla, adorémosla. Lavémonos las manos para pensar en ella, y amemos su silencio. Solo la piedra habla, innumerable. Solo la piedra oye nuestras nimias plegarias cotidianas.

Calles adoquinadas se bifurcan hacia un mismo lugar. A orillas del recuerdo, el niño que no somos se detiene para tomar guijarros olvidados que el río esculpe y arma de mineral sustancia.

Mientras los hombres mueren, las piedras permanecen. Vivir es un exceso. Solo por un instante imaginémoslas atravesar –inmóviles– el curso de las civilizaciones.

El fuego las ampara: arden fecundos huertos y pomares en tanto que la piedra, hermana sigilosa, insiste en su quietud. Por lo común, la historia las oculta. Pero la piedra sueña y nos sepulta.

EL NADADOR

En la piscina exenta de peligros, un nadador se ahoga.

Su cuerpo cae, sin fuerza. Sus brazos se debaten para agarrarse al aire, que es su patria.

En sueños ha logrado cruzar a nado el Maelstrom; desenterrar pianos a guisa de ataúdes encadenados a la distancia de un grito.

Como un gato que araña los espejos, el nadador se ahoga. Así le gana el sueño, así le vemos

dormir con calcetines y barcos en la espalda.

Sale del agua, muerto, y sus pisadas –brillan como diamantes enjaulados.

El nadador se ahoga y mientras tanto, en un país lejano, un dictador acaba de nacer.

II

EN EL PAÍS DE AMARA

A LOS QUE AMAN, II

Ahora que te has ido, he de pensar en ti, en la callada estructura del amor, esa extensión anímica que agita dos océanos bajo una misma sábana.

Tu imagen me suplanta, y el horizonte sangra todavía como un toro recién sacrificado bajo la cruz del llanto.

Guardemos siempre en nuestros pensamientos un breve espacio para lo impensado.

Tras el aullido cínico del siglo, es necesario oír a los amantes rezar las oraciones que habíamos ignorado, toda vez que, al perderlas, nosotros nos perdíamos también.

Llevaba tatuada una pluma de pájaro en los brazos, en el canasto providencial de sus brazos, húmedo de tormentas y de vientos de nombre secular, o seco y calcinado, batido por las églogas –y me brindó refugio.

Sombras como raíces trepidaban bajo su nervadura y había uvas de sueño en el leñoso dédalo de sus manos.

Repítelo, repítelo, tú a cuyo encuentro acuden como hormigas las tercas prohibiciones del deseo; tú, miedo; tú, frontera.

Si este poema fuese solo por un instante algo más que un poema, si fuese apenas un árbol, o los anillos de crecimiento de un árbol, nuestra noción del mundo se derrumbaría.

Pero el amor no basta: haced sitio al amor.

Seres fecundos en contradicciones, abramos la ventana y arrojemos toda razón por ella, como esos viejos que en la madrugada de la ciudad sonámbula sacan a sus mujeres a bailar.

CANTO DEL DESPERTAR

Adormecido en el diapasón de tus pechos, siento la parquedad de tus latidos bajo la piedra del afilador. Los dioses tienen sueño, y para conjurarlo todo sería tan fácil como fingir un óvalo en el tiempo

o perforar un árbol de silencio para tallar el aire de una flauta.

Tu corazón exalta con deleite la plenitud efímera del gozo y el ardor del minuto y el segundo inmortal.

Algo truncó la noche y, sin embargo, queda su lencería pisoteada.

Hay pasos, no hay camino. Aves adormecidas en los vértices de las placas solares. Nubes contaminadas surcando el cielo agrario.

Si el roce de dos átomos desatrailló el relámpago, en el hurtado espacio que separa un girasol de otro, un año del siguiente, yo te amo.

III

EL SUR

El panteón rocoso en que descansan los huesos de la tarde despliega ante nosotros su ondeante energía.

Piso la arena limpia del otoño.

El mar, lento de olas, anega nuestros ojos con un dulce retardo, en tanto que una barca, indiferente al ánimo del hombre, oscila en su deriva.

Miro vivir a mis contemporáneos mientras son perforados por el anzuelo inmóvil de la muerte, y soy uno de ellos. Sus historias se agitan en la danza luminosa del polvo,

y el ser, vertiginoso, lleno de cicatrices, arde sobre la escoria original.

Tendidos en la noche especular, adivinamos la torpeza del hombre abismado en el cielo con la mirada paciente del pescador.

En sus ojos la imagen de sí mismo fluctúa y se dilata, como cuando el barquero deja de tocar fondo con su pértiga y avanza a la deriva sin otra guía que el curso de las aguas.

Tiembla el pez anillado por un cerco de luz en el que vierte

su callado lirismo, su ronco ahogo de esfuerzos vertebrales, y se pierde en los límites herbosos del canal.

En la sed oceánica sus círculos concéntricos enturbian las arenas abisales.

Sus ondas suben en la tempestad. Llegan tras la batalla como pecios de una lejana herencia –y nos rodean.

A veces lo sabemos, y buceamos oscuramente en su busca, solo con el recuerdo de la orilla funámbula de espumas, como si cada noche cayéramos al mar, y uno por uno fueran apagándose para siempre los astros.

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

No lejos, desdeñado, aprisionado al sur de nuestros párpados, el ser sigue temblando.

Los grandes dioses yacen –nunca sabremos si dormidos o muertos– bajo el dosel umbroso de la historia mientras los perros lamen sus heridas.

Es la hora de los dioses pequeños.

Allí donde no abunda la plata falsa de los santuarios, allí donde el orgullo no derriba los altos muros de la podredumbre y el hombre ríe y duerme y su saliva moja la comisura de los astros.

Ah de los olvidados, ah de los que perecen bajo la levadura del progreso, arrodillados sobre esta arcilla piadosa, esperando, esperando, en tanto que los mudos timbales de la carne ruedan en el crepúsculo y se estremecen bajo estandartes de ira.

Ah de la humanidad cuando anochece sobre nuestras cabezas y allá abajo, en el sur, sin que nos demos cuenta, alguien enciende un fósforo celeste.

CAMPO DEL SUR

Esta mañana, púlpito del día,
al amparo de la cual asistimos
al discurso tumultuoso del mar,
nuestra mirada vaga por la acera
como una bolsa de supermercado
henchida por el viento, y sus imágenes
arden bajo la grieta de los párpados.

La memoria es un puente derruido
bajo el que fluye un tiempo sin orillas.

La mañana del niño, en la que habitan
animales desnudos y frente a la que pasan
en tropel las ciudades, en tanto que pulsamos
las edades del hombre y advertimos
el olor del instante que precede a la lluvia
o el vuelo circular de las gaviotas
en cuyo centro laten los significados.

IV

RETRATO DE FAMILIA

FÁBULA DEL ESPEJO

Yo venero a las moscas de lo obsceno, al escorpión ardiente de mi sexo bajo un vientre nimbado por el sol.

En la noche uterina, mientras avanzo como de puntillas por la ciudad secreta de tu cuerpo, logro callar a tiempo y oír la inalterada respiración de los gatos atravesando los palmerales del sueño.

Queda mi voz al límite del canto. El fingidor nos clava su mirada con la osadía del lanzador de cuchillos. Inmóvil, ante espejos sucesivos, veo al desnudo ejército que somos secretamente huir y retrocedo como quien abre a ciegas una jaula forjada en la desdicha.

PEQUEÑAS SEDICIONES

hay tanta gente sola

seria perdida mustia
emborbonada
que sueña que sucumbe

gente que se detiene
en los semáforos
y hojea –es un decir–
revistas de países
a los que nunca irá

ánimas solitarias cuerpos solos
con tedio se masturban y a menudo
piensan en el pasado

lejos de ser felices se conforman
con la mención de la felicidad

están al día de todas las noticias
de todas las canciones
los libros las películas

son buenos anfitriones y organizan
cenas con compañeros de trabajo
en pisos de alquiler

recogen entre todos
la mesa
tristemente

después vuelven a casa
y así viven

todos creen merecer algo mejor

RETRATO DE FAMILIA

Tenemos ayes, úlceras, salivas y sudores. Tenemos sangre y sueño y obsesiones que apenas evocamos por un temor atávico a nombrarlas, y renuncias y olvidos.

Tierra, cieno, basura, calamidad y muerte.

Tenemos hambre, deudas, epidemias, pero también amores y entusiasmos y un perro que nos lame las heridas y nos delata al vernos regresar,

y esa indigencia gris en que dormimos un sueño adolescente, arrellanados sobre la orquídea del sexo, viendo cómo rebullen los mosquitos en los escombros del atardecer, cuando una mano anónima viene a apagar las luces del pasado y a tomarnos la fiebre.

Fantasmas familiares, herederos del frío original, sobrevivimos juntos, amamos tercamente y alzamos una copa vacía por el futuro.

Reímos y lloramos, pero somos los mismos.

Acampamos como una hueste de enfermos bajo telones húmedos y, a veces, escribimos a la luz de una lámpara lo que otros escribieron a la luz de una vela.

Somos entre la niebla nuestro propio enemigo,

vemos mal, somos torpes, fingimos ser filósofos con manos de poetas y urdimos telarañas, metáforas y estrellas para cruzar el río de lo real.

Un día nos uniremos en la orilla de donde no se vuelve, bajo el auspicio de los centinelas, y pasearemos juntos entre blandas palmeras faraónicas, y compareceremos en fiestas submarinas, y nadie faltará.

En ocasiones nos acercamos a la belleza con la esperanza de llenar de sentido el espacio del ser.

Pero, después, cada uno de nosotros, portador de su sombra, labra celosamente la tierra de su infancia como un niño perdido entre turistas que tira del bikini de una mujer cualquiera.

Los ojos de mi madre y sus cálidas manos proletarias hurgando entre los falsos abismos del recuerdo,

mientras intuye las vibraciones del arco cuya flecha no vuelve.

O cuando despertamos en medio de la noche y, urgidos por el miedo, cerramos los postigos de una casa a la que ya jamás regresaremos.

CUANDO ÉRAMOS MAYORES

En un país de viejos tatuados y ancianas esponjosas malograrán su vida nuestros hijos.

Hará calor, decimos, hará frío, y para tolerarlo se frotarán con manos ateridas las plantas de los pies, como enfermos sin cama arracimados en el fangal de las ideologías.

La historia de los hombres no será para ellos sino una burda nana edulcorada a través de las épocas, una fábula oída entre ruinas, mientras la nueva era desliza ante sus ojos el viejo níquel del deslumbramiento, y paso a paso desaparecemos.

EL AMOR DE LOS VIEJOS

Ahí tenéis al pasado como un caballo indómito,
ahí lo tenéis piafando suntuoso, al pie de la escalera,
con los estribos huecos. Detrás, queda el presente.
Ni la coraza añil de mis palabras, ni el arco del poema
conocerán jamás el privilegio de su respiración,
ni el humo cincelado de sus labios fruncidos en la luz.

¿Qué le diremos luego a nuestros hijos?
Qué a nuestros guardaespaldas sino que la ternura
nos apretó la sangre, y que vivimos tanto algunas tardes,
tardes en que leíamos en voz baja a Clarice,
susurrando al oído de los perros secretos ancestrales
en ese tono lánguido con que las prostitutas suelen hablar de amor.

V

HABLA EL FABULADOR

Miro cómo mis manos envejecen sujetas al volante, sin edad. Gira la culpa en torno a mi camisa como una gran panoplia de vergüenza.

Tu rostro es anterior a los espejos. Me reconozco en él. Trago de poco en poco la saliva de mis progenitores. Rezo dolosos cánticos, salmos divagatorios, herodías, y sobre el humo extiendo cada tarde la dura alfombra de mis oraciones.

Ah bestias deificadas por la tenacidad de los mitómanos: cuando la lluvia arrecia, arraiga el hombre en su cabalgadura.

Creer solo en el aire que hace ondear las sábanas tendidas. Creer solo en la luz cuyo destello prueba calladamente su existencia.

SUBMUNDO

Supe que la mujer de los anuncios
no se llamaba Gretta
y era huérfana.
Todo perdió el sentido:
una selva segada o una tarde sin hijos,
balanceados en el hisopo del llanto.
Comía sin apetencia,
paseaba entre estatuas con los ojos vacíos,
voluptuosamente. Todavía
guardo el regusto amargo de la solufilina.
Pervive entre mis manos
un polvo constelado de recuerdos,
como cuando dejábamos sobre el salpicadero
una pequeña espiga y se secaba,
o cuando descubríamos,
años después de haberlo desgajado,
un pétalo en las páginas de un libro.
Puedo notar el bálago desnudo
de mi primer viaje.
Abrazo sus espinas y aún percibo
la fiebre de las células,
sedimentada por la resina del ser,
en tiempos que se cruzan inevitablemente
como vecinos llenos de reproches
en una gran ciudad.

Traigo una sed de ánforas sin dueño.

En el instante de la posesión, marcado por el hierro candente de la infancia,

acodado en la noche como un viejo cuyos errores cunden en el sueño, vareo el árbol nuevo del poema pulsando sus monedas, hasta que cede una.

Vivo como un acróbata indeciso sobre el alambre de tu desnudez.

En la televisión los elefantes arden bajo la sombra del verano. Los camioneros portan esperanza de una galaxia a otra, por azar. Chicas de Cincinnati reproducen en su impresora pósteres de Mao, y alguien que no soy yo desaparece definitivamente de mis fotografías.

HABLA EL FABULADOR

¿Y no somos, Amara,
precisamente aquello que evitamos?
El ave tensa el arco de mis brazos,
quiere la flor tu llanto
y nuestra risa el pez.
Pájaros, flores, peces y qué más:
¿por qué no ser también
lo que no somos? Ser
nos ata, nos aquieta,
nos hace ser, qué cosa, meros seres,
príncipes o mendigos de lo mismo,
razas innobles, ciega
subespecie.

VI

INVOCACIONES

LA PASIÓN Y LA FORMA

Ávidos de sorpresas estelares,
al caminar descalzos por un jardín llovido,
oír –o creer oír– el sordo mohín del tiempo,
cuyo párpado acaba de moverse
tenuemente en la sombra.

Escribir, escribir, como si camináramos
por un hilo invisible,

para buscar a tientas el corazón del otro,
el sudor de su alma proyectada en la nuestra,
como una fruta nueva casi flor,
o una anciana peinándose para el último baile.

Adormecidos en la inocencia del canto, tengamos hoy tú y yo, lectores de novelas y de libros inútiles sobre nosotros mismos, un recuerdo sincero para Nancy Cunard, editora de jóvenes maestros y afanada poeta, pálida descendiente de navieros que fue desheredada por anudar su mano a la de un negro musicante de jazz, y por llevar a orgullo, bajo la piel ebúrnea de sus brazos, su amor a los sedientos, los proscritos, los peregrinos de la libertad, y que su nombre vuele como el polen de palabra en palabra. Que en la pasión del verbo recobremos, a guisa de espejismo, su talento y su ánimo aquejados de vagas adicciones postfreudianas, su belleza de época, su figura enfermiza y arcanamente misericordiosa, su frente ancha y humana, ennoblecida como una piedra en el mar.

Puedo creer en algo
que no existe,
y decir, por ejemplo:

La muerte está
desnuda.

Más alto aún, más lejos,
más cerca del espejo,
puedo decir:

La muerte está sentada
en mi tejado
como un gato que lame
sus espinas.

Duerme como la lluvia
y sus pezones
huelen a pubertad.

La oigo pasar
de noche
con su bastón de ciego,
como un pastor de nubes
o un domador
de olas,
y me sonríe ufana.

Pero el viento,
a un tiempo hoja y follaje,
mar y marea,
el viento, jugador solitario,
susurra en mis oídos:

He besado a mujeres
cuyo padre es un árbol.

Y vuelvo a mis afanes,
derrotado.

DAMA DE SOMBRA Y SUEÑO

Huye de nos
y canta, la belleza.
Finjamos ignorarla, preservemos
su natural enigma
para que no sea nada,
para que nadie sepa lo que es.

De poco importa el nombre.
Arde como la jara y su ceniza
brilla en la oscuridad,
sobre la ciega trepidación de las formas.
Vive entre flores nuevas o marchitas
y su rumor nos honra.
Cruza como una nube
el pensamiento.

Luego, cuando bajamos a su encuentro
buscando lo ensoñado,
cuyas raíces crecen en la historia
negra y emputecida del amor,
su luz nos abandona.

A veces sus palabras se demoran
en el largo relato del origen
y de pronto enmudece,
avergonzada,
como si el agua de una gran piscina
se hubiera evaporado
en pleno estío,
y en torno a su misterio
todos nos abismáramos, perplejos,
anhelantes y llenos de preguntas
sobre nosotros mismos.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA PRIMERA EDICIÓN DE
FÁBULA, DE JAVIER VELA,
EN SEVILLA, EL DÍA 9 DE ENERO DE 2017

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

38. Heredad seguido de Cartas de enero
Juana Castro

39. Peces en la tierra
Ed. de Pepa Merlo

40. Trenes de Europa
José Martínez Ros

41. Hombre sin descendencia
Braulio Ortiz Poole

42. Mapa mudo
Jorge Valdés Díaz-Vélez
I Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

43. Versos para los momentos perdidos
Rafael Guillén

44. Un plural infinito. Antología poética
Rafael Pérez Estrada
Ed. de Jesús Aguado

45. Memoria poética de la Alhambra. Antología
Ed. de José Carlos Rosales

46. Nostalgia de Odiseo
Nuria Barrios

47. La velocidad del mundo
Ángela Vallvey

48. Las cosas se han roto
Antología de la poesía ultraísta

Ed. de Juan Manuel Bonet

49. Danaide
María Sanz
II Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

50. Geometría y angustia
Poetas españoles en Nueva York
Ed. de Julio Neira

51. La musa furtiva
Poesía 1967.2012
Vicente Molina Foix

52. La geometría y el ensueño
Una muestra de poesía taurina
Ed. de Carlos Marzal

53. Apuntes del natural
Manuel Moya
III Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

54. Escritos en la corteza de los árboles
Julia Uceda

55. Fruta extraña
Casi un siglo de poesía española del jazz
Ed. de Juan Ignacio Guijarro

56. Siete caminos para Beatriz
Ernesto Pérez Zúñiga

57. Ser sin sitio
Álvaro García

58. A la mano zurda

José Pérez Olivares
IV Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

59. Y el aire de los mapas
José Carlos Rosales

60. Donde estuve
Fernando Delgado

61. Per riguardo (Con cuidado)
Pere Gimferrer
Versión española de Justo Navarro

62. Personal & político
Aurora Luque

63. Animal impuro (Poemas reunidos)
Adolfo García Ortega
Prólogos de Martín Casariego y Justo Navarro

64. Lugar de lo sagrado
Lutgardo García Díaz
V Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

65. Fumando con mis muertos
Álvaro Salvador

66. El mundo se derrumba y tú escribes poemas
Juan Cobos Wilkins

67. Carta al padre
Jesús Aguado

68. Pasión y paisaje. Poesía reunida (1974-2016)
Jacobo Cortines

69. La belleza no está en el interior
José Manuel García Gil
VI Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado

70. No en mis días
Pere Gimferrer

71. Fábula
Javier Vela

Índice de contenido